

La historia nos muestra a cada paso que cuando las condiciones del entorno se hacen traumáticas, las manifestaciones de la cultura artística

Taller 666 Una Academia de Arte y Cultura

son particularmente vulnerables a los cambios en el orden político y social. Pero esa vulnerabilidad no es necesariamente sinónimo de esterilidad y ahí está, por ejemplo, la literatura del exilio en todas las épocas, desde Ovidio a Brecht. Más aun, algunos han llegado a afirmar que hay cierta incompatibilidad entre el arte verdadero y la bonanza o exceso de bienestar.

También en esos particulares instantes de la historia emergen las instancias de educación alternativa o informal, a veces alimentadas con la fuerza que da la necesidad de supervivencia. En el caso de nuestro país, el golpe militar de 1973 tuvo un palmario efecto de disgregación en el seno de la universidad el lugar propio de la educación formal- especialmente en el ámbito de las disciplinas humanistas y artísticas. Surgieron opciones imaginativas en las que la sed de aprender iba de la mano con la urgencia del encuentro bajo un cobijo protector. Así nació el Taller 666. Tres músicos vinculados a él recuerdan en Testimonios ese tiempo azaroso y fecundo.

Una puerta que se abrió para nosotros

Hechos históricos demasiado significativos cambiaron el rumbo de la historia, sesgando la continuidad de los sueños sesentistas y el gran florecimiento de la creación artística de esa década y de los años setenta que se iniciaban.

Por lo que en el año 1976 era difícil imaginarse construir un sueño que diera cabida a la alegría, a la imaginación, al sentido. Sin embargo, un conjunto de cabezas y corazones donde jugaron un rol principal Quena Arrieta, María Cánepa y Carlos Matamala, dieron vida -en una maravillosa casona de la calle Siglo XX esquina de Antonia Lope- al Taller 666, una Academia de "Arte y Cultura" que reunió al más importante grupo de intelectuales y artistas de esos años.

CECILIA CORDERO
Compositora

Con un equipo administrativo entusiasta, donde destaco especialmente a Mireya Fuentes, Ingeniero Química, quien al calor del proyecto se incorporó, sin embargo, a un trabajo de secretaría.

El propósito del Taller, darle un espacio a profesores y estudiantes para la docencia y la extensión, pero sobre todo, un espacio para la creación y el reencuentro. Un espacio que lograra retomar aunque fuera en una mínima medida, aquel perfume de los años anteriores.

Y comenzaron a llegar profesores, alumnos, amigos; comenzaron a sonar los instrumentos, las voces, la lectura de textos y el sonido del martillo construyendo las graderías para los cientos de espectadores que fuimos gozando mes a mes, año a año, las obras de teatro, los conjuntos de música popular, los conciertos de música clásica y contemporánea, y todas las diversas expresiones producto de las infatigables y comprometidas clases que allí se impartieron.

Su directora, María Cánepa; sus profesores de teatro, Fernando González, Raúl Osorio, Andrés Pérez, Rebeca Ghiglioto, Elsa Poblete, José Soza, Rodolfo Bravo, Carlos Matamala, Alejandro Castillo, Roberto Poblete, y tantos otros. Voz, expresión corporal, actuación; periódicas presentaciones evaluativas, permitían que pudiésemos apreciar todo el trabajo que poco a poco se iba plasmando.

El área de música se enriqueció paulatinamente con profesores de instrumento -piano, flauta, guitarra, charango y otros-, de solfeo, armonía,

contrapunto, historia de la música, coro.

Profesores como Cirilo Vila, Andrés Alcalde, Jorge Hermosilla, Rodolfo Norambuena, Rodrigo Torres, Alejandro Guarello, Cecilia Plaza, José Quilapi, Rodrigo García, Fernando Carrasco, Juan Pablo González, y yo misma, fuimos construyendo un serio proyecto de enseñanza de la música que constituía para nosotros -además- una experiencia académica ensoñante, en medio de un período tan sombrío de la historia.

Una intensa labor de extensión tanto dentro como fuera del Taller se llevó a cabo. Muchos de los logros que allí florecieron, fueron llevados a sindicatos, poblaciones, centros juveniles y estudiantiles. Desde la población Huamachuco y La Bandera, el Sindicato de la Construcción, la Parroquia Jesús Obrero, hasta los entusiastas Festivales de la ACU. Los grupos Barroco Andino, Aquelarre, Ortiga, Huara, Schwenke y Nilo, y muchos otros nombres que estoy olvidando; los grupos de teatro con creaciones de Bertold Brecht, Jorge Díaz, Juan Radrigán, Gregory Cohen, Nelson Brodt, y las direcciones de Raúl Osorio, Rodolfo Bravo y Gregory Cohen. Y una gran cantidad de esas obras que se presentaron, con música de Pato Solovera.

Allí nació -creo yo- el Grupo Bello y el Taller de Investigación Teatral.

Nunca podré olvidar la presentación de *Auge y Caída de Mahagony*. Magia y logro enfatizado por la impresionante participación de Cirilo Vila en el piano.

Un capítulo especial lo constituyó el Cine-Arte. Y eso fue el logro de un solo hombre: Alfonso Hinojosa, de presencia escueta y perseverancia sin límites. En sus sesiones semanales vimos a Fassbinder, Herzog, Bergman, Fellini, Buñuel, De Sica, Malle, Chaplin, Schlöndorff, Rosellini. Fue un aporte contundente y sistemático que privilegió la vida del Taller.

Una presencia permanente fue la figura de Neruda, que dio origen a recitales de poesía, homenajes, reflexiones y también a creación musical. Durante los primeros años contamos con la incomparable Matilde, quien fue una hada madrina que permanentemente ayudó a cultivar el recuerdo de Neruda, pero también -y por otra parte- a conseguir ayuda económica para llevar adelante ese cálido espacio que no se lograba sostener sólo con el aporte de los alumnos.

Recuerdo un recital de Cecilia Plaza y Flora Guerra. Y en otro momento a Cecilia Plaza en un recital con obras de compositores chilenos, en el que interpretó precisamente música de muchos de los creadores que en ese momento integraban como profesores el área de música del Taller. Eramos nosotros, los compañeros de estudio, los amigos, quienes nutríamos y éramos nutridos.

Otra presencia esencial la constituyó la persona y la música de Víctor Jara. Su recuerdo siempre vivo alimentó innumerables recitales. Uno muy especial para mí fue aquel de José Quilapi y Cirilo Vila donde sonó en esa voz notable de José el *Te recuerdo Amanda*, como si ese día se hubiera creado para los presentes.

En el área plástica menciono particularmente el taller de grabado de Carlos Donaire con los penetrantes olores de los materiales que ocupaba con sus trabajos y los de sus alumnos.

Y también un recuerdo impactante y estéticamente soberbio: una exposición del pintor Hugo Riveros quien había sido recientemente asesinado. Plumilla en blanco y negro. Pero lo que me resultó más extraordinario fue que él, que ya no estaba allí, había pintado el dolor y la tortura de esos años. Dolor sobre dolor.

Pienso que el Taller entre los años 76 en que comenzó, y el año 80, tuvo una existencia plenamente justificada. Creo que tanto su labor de docencia como su labor de extensión, fueron de una gran envergadura. La oportunidad que tuvieron los artistas que desarrollaron allí su trabajo y los cientos de alumnos que asistieron permanentemente a clases, me permiten asegurar que fue un lugar privilegiado.

Sin embargo, con el tiempo y quizás con la dureza de la situación política, el Taller se fue paulatinamente partidizando y sectarizando. Una nueva coerción en tiempos coercitivos. Y ese elemento -que no estaba presente en la euforia de los primeros años- comenzó a llevarlo a su fin.

A comienzos de 1984, y ya en otra casa de la calle Unión Latinoamericana, tuvimos que cerrar sus puertas con mucha desazón. Pero creo que a todos los que vivimos aquellos años iniciales de sueños, logros, realizaciones y esperanzas, nos permitió crecer humana y artísticamente con la certeza de que aquella fue una experiencia única.



Taller 666. Un testimonio

Si expreso lo que significa y significó para mí el “glorioso” Taller 666, debo remitirme principalmente a mi mundo afectivo.

FERNANDO CARRASCO
Compositor

Tiempos oscuros y duros aquellos y ese espacio una instancia de encuentro, protección y proyección.

Allí hice clases, también fui alumno. Como integrante del Barroco Andino realizamos el primer recital que se organizó en ese lugar.

Todo lo vivido en el Taller, estuvo relacionado siempre con el ejercicio comunitario de valores, que luego me permitieron en forma paulatina, acostumbrarme al violento cambio al que fue sometida nuestra joven generación.

Tengo nostalgia de lugares como el Taller 666 en nuestro Chile de hoy.



A propósito del Taller 666

Para hablar debidamente de aquella singular escuela que fue el Taller 666, antes que nada es preciso recordar que en nuestra patria - según el decir de Brecht- eran los tiempos oscuros. Y digo esto porque, si bien hubo hechos más graves y dolorosos en relación a la vida y la seguridad de las personas, tanto la actividad artística y cultural como la esencia del quehacer universitario, se vieron profundamente afectadas y distorsionadas por los imperativos de un régimen que -de acuerdo a su índole y origen - buscaba imponer sobre todo el control y la uniformidad de los espíritus.

CIRILO VILA
Compositor

No es de extrañar, entonces, que las Facultades y escuelas de arte universitarias -que representaban el doble peligro de querer sumar dos libertades- fueran especialmente desmanteladas y controladas. Desde la exoneración, mediante tretas judiciales espúreas, de preclaros académicos y artistas de reconocida trayectoria hasta la reducción o eliminación, en los planes de estudio, de aquellas asignaturas que implicaban el riesgo de la reflexión y el ejercicio crítico, todo, en la Universidad intervenida, tendía al mismo fin. Lo cual concordaba, por lo demás, con el

proyecto entonces en ciernes de una universidad-empresa, autofinanciada, tecnocrática y profesionalizante. Y todo lo anterior agravado, además, por el exilio -voluntario o involuntario- de prestigiados artistas y, a la inversa, por nuestra casi total desvinculación con el acontecer artístico y cultural en el mundo. Era también la época de medidas que hoy nos parecen ridículas, como la prohibición por bando del uso de instrumentos andinos; o el presuntuoso provincianismo de proclamar al Festival de la Canción de Viña del Mar como el máximo acontecimiento musical del país...

Es en esas circunstancias que, hacia 1976, recibí complacido la llamada del recordado y hoy fallecido actor Carlos Matamala, quien me invitaba a incorporarme al hermoso proyecto de una Escuela de Arte alternativa, donde se rescatara lo mejor de la tradición artística y universitaria del país -aun desde su etapa más elemental- y cuyo carácter había de ser, necesariamente, experimental. Así, aunque las posibilidades iniciales eran más bien modestas y podía haber riesgos, decidí aceptar tal vez por eso mismo: la convicción de que desde el arte y con el arte -verdadera reserva moral del humanismo- era posible "hacer algo"; callada y modestamente, por cierto, como se siembran las semillas, pero sabiendo que en el ejercicio de la inteligencia, la sensibilidad y la imaginación creadora -armas de paz, ciertamente- y en la formación rigurosa del oficio, más temprano que tarde fructifica, sobre sólidas raíces, la libertad del espíritu. Y en mi caso personal, esto fue razón principalísima de mi permanencia en el país.

Recordar el Taller 666 es sentir, entonces, que en tiempos oscuros y a pesar de los pesares, se pudo ser realmente útil para, a través del arte, preservar la luz de la inteligencia y de la conciencia crítica.

Recordar el Taller 666 es evocar, asimismo, la vieja y acogedora casona de la otrora calle Siglo XX, donde conocí o reencontré a tantas magníficas y admirables personas, ya fuesen directivos o funcionarios, profesores o estudiantes. En la imposibilidad de nombrarlos a todos y circunscribiéndome al ámbito meramente musical, es aquí donde me fue dado a conocer -como estudiante de artesanal indumentaria- al hoy venerable doctor en Musicología Juan Pablo González y al compositor y licenciado Ernesto León; también a Daniel Ramírez, flautista, compositor y filósofo, hoy radicado en París y a quien conocí con anterioridad fue, como siempre, aventajado alumno. Y entre los docentes, algunos ya ampliamente reconocidos como es el caso de Guido Minoletti y Lucía Gana y otros, jóvenes y promisorios valores, entonces alumnos destacados en la hoy Facultad de Artes de la Universidad de Chile y que hacían sus primeras experiencias pedagógicas: Andrés Alcalde, Cecilia Cordero, Jorge Herosilla, Rodolfo Norambuena; los pianistas Cecilia Plaza y Miguel Ángel Jiménez y, muy especialmente al tenor José Quilapi, con quien solíamos hacer memorables recitales en Santiago y en provincias.

Encuentro y cruce generacional, entonces, pero todos compartiendo un mismo espíritu. Encuentro y cruce de lo así llamado docto, lo popular urbano y lo vernáculo, como experiencia fundamental para futuras reflexiones y proposiciones. Encuentro y cruce de nuevas metodologías, como la enseñanza conjunta, por primera vez, de la armonía y el contrapunto en la formación del oficio compositivo.

Recordar el Taller 666 es recordar, por sobre todo, una hermosa y fecunda aventura humana, artística y pedagógica, en un espacio estimulante y saludable de tolerancia, disidencia y diversidad.

Como un ejemplo emblemático de todo lo anterior, permítaseme recordar el glorioso montaje de *Auge*

y caída de la ciudad de Mahagonny, ópera de Brecht y Weil, bajo la dirección de Fernando González, con coreografía de Andrés Pérez y donde me cupo el honor y el placer de colaborar como autor de la adaptación musical y como pianista acompañante, estando la preparación vocal a cargo de José Quilapi. Empresa épica y memorable; presentada en la sede del Goethe Institut de Santiago y Concepción; el cual, una vez más, abrió generosamente sus puertas, como recinto privilegiado de la disidencia, el espíritu crítico y la libertad. Y que puede señalarse como un hito en la vida artística de aquel tiempo (años 1977-1978) y como una prueba fehaciente del coraje, esfuerzo e imaginación que suelen desplegarse en las condiciones más adversas.

Por otra parte, no me cabe duda de que un nuevo montaje de tal obra, nos revelaría su cada vez más pasmosa y terrible actualidad...

Así el apocalíptico número 666 -que obedeció en su origen a razones muy domésticas- vino a representar, sin proponérselo, el espíritu de rebeldía; lo que un régimen autoritario debe, por definición, satanizar, pero que para nosotros, artistas, no es sino reivindicar el derecho a soñar...

Así lo sentí durante cuatro años (1976-1979). Y creo que este espíritu, para todos los que formamos parte del Taller 666, sigue alimentando lo mejor de nosotros mismos.

